

El tema es el documento del CEN

El Dr. José Claudio Williman nos ha dirigido una carta malhumorada, en respuesta a nuestra reseña sobre el reciente trabajo del CEN, aparecido en nuestra edición del 13 de julio. Ya habíamos notado en otra ocasión cuánto mejor escribe el Dr. Williman cuando está sereno. Cuando se pone de mal talante tiende a salirse frecuentemente del tema, a entrar de pica con la lógica, y a mostrar una infundada predilección por los argumentos ad hominem, todo lo cual dificulta el diálogo. Pero, en fin, lo que hemos podido publicar es la carta que de hecho nos envió. Nuestro interés al hacerlo no fue redondearle el desahogo a su autor, sino, como siempre, servir a nuestros lectores. En la réplica que ahora sigue, haremos todo lo posible por suministrársles los elementos de juicio necesarios para que puedan ellos mismos, luego de oír ambas campañas, tomar su propia posición sobre si el CEN ha cumplido realmente una tarea investigativa sobre la economía y la política económica uruguaya, o en cambio sólo ha producido un panfleto político, recuperándolo luego apenadas con un barniz científico.

El Dr. Williman comienza defendiéndose de que no hayamos cuestionado las conclusiones del trabajo. No le asiste razón. Si un economista, un equipo de economistas, publica un trabajo de investigación, la cuestión principal que enfrenta el cronista, que se debe a un público en gran proporción no técnico, no es confrontar las opiniones estampadas en el trabajo, a las suyas propias, dejando por fin al lector tal vez perplejo, tal vez atraído hacia un lado u otro por la fuerza de sus prejuicios, sino informarle acerca de las conclusiones del trabajo tienen un ayo genuino en los datos empíricos que se invocan.

En este caso sostuvimos y sostenemos que los datos están recogidos por el CEN con notorio descuido, seleccionando conclaro sesgo, y encima no se los usa nunca realmente para fundamentar las conclusiones.

Un ejemplo está dado por las cifras que el trabajo aporta en materia de tasa de crecimiento del último decenio. El punto se trata en tres lugares distintos. En la página 16 (Cuadro N° A5) se muestra, como tasa de los últimos 10 años, el 2,00%; en la página 55 se dice: "El crecimiento del PBI entre 1972 y 1982 fue del 18% (15% acumulativo anual)", y en la página se habla de un crecimiento "del 18% en 10 años". En su carta el Dr. Williman sostiene: (1) "El cuadro A5 debió decir tasas promedio anuales, no siendo por lo tanto acumulativas" (mientras el cuadro de hecho reza "tasa promedio anual acumulativa"); y (2) "cuando se afirma que el crecimiento del PBI fue del 18% debió advertirse que debía incluirlo el año 1972", de modo que 1,5% es "la tasa anualizada de 1972".

Hay algunas dificultades. Tomemos el segundo aspecto. El crecimiento entre 1972 y 1982, de 18%, incluyó el año 1972, de modo que la media geométrica se obtiene extrayendo la raíz undécima de la tasa oncenal de crecimiento a 1982. Y esa tasa oncenal fue de 18%.

Este afirma el Dr. Williman. Sin embargo, como ya señalamos, en la página 58 del trabajo se habla expresamente de "un crecimiento del producto del 18% en 10 años", de manera que lo que calcularon en 18% fue la tasa decenal, que por otra parte es la que indica la expresión "entre 1972 y 1982". Más en detalle: entre 1972 y 1973 media un año y no dos, entre 1972 y 1974 median dos años y no tres... y entre 1972 y 1982 median diez, y no once años.

Pero aún hay algo más. Los datos en juego son los siguientes:

PBI a costo de factores, en millones de \$US de 1978

AÑO	PBI
1971	22.008
1972	21.625
1982	26.220

Tasa de crecimiento en el decenio entre 1972 y 1982: 20,29%. Tasa promedio acumulativa: 1,92%. Tasa de crecimiento en el on-

cenio entre 1971 y 1982: 19,14%. Tasa promedio anual acumulativa: 1,60%.

El 18% no aparece por ninguna parte, ni el 1,5% anual tampoco. Se cometió indudablemente un error aritmético, o tal vez dos: presumiblemente se calculó un 18%, quien sabe cómo y luego se extrajo la raíz undécima en lugar de la décima, porque a cuantitativa se le escapa un gásporo. Nada de esto es demasiado grave. Es indicativo de descuido, y desplodado, máxime que se trataba de uno de los poquísimo cuadros en que la tarea de los investigadores fue más allá de reproducir los números de un boletín del Banco Central, pero de todos modos es de escasa significación. Ahora bien, no sabíamos si lo mismo puede decirse de la actitud del Dr. Williman, que frente a nuestra afirmación de que había errores aritméticos en esa parte del trabajo, pretendió ocultar ese hecho desagradable tras una cortina verbal.

No es en el único punto en que el Dr. Williman pretende confundir a quienes lean su carta. En nuestra reseña señalábamos que la extracción de la media geométrica entre los dos valores extremos de la serie de producto es un procedimiento inadecuado en el caso concreto, en que el valor final está fuertemente alejado de la línea de tendencia, y sostuvimos que el cálculo de esta última mediante una regresión sería claramente preferible. Presentamos además una gráfica que ilustraba la alternativa. Ahora el Dr. Williman pretende que nuestras palabras, o nuestro dibujo —quién sabe— implican afirmar que la tendencia que calculamos es extrapolable. El Dr. Williman, que enseña o enseñó economía, debe saber que eso es un disparate. Para sostener que es extrapolable habría que suponer al mismo tiempo que el producto es función exclusiva de la variable cronológica, y no conocemos a nadie que haya sostenido semejante sandez.

El autor de esta reseña diseñó, estimó y publicó no hace mucho un modelo de crecimiento de la economía uruguaya (*Enfoque monetario de la balanza de pagos...* BCU, 1981, pp 43-46) y para él parece que el CEN y su director entienden que los depositarios forman parte del sector financiero. Uno tiene derecho a definir los términos como le plazca, pero un ejercicio menos considerado para la comprensión ajena consiste en definir los términos de manera insolita, y guardar al mismo tiempo las definiciones en secreto.

pero si nos parece una conclusión innegable que el nivel de empleo es una variable que ningún investigador que desease llegar a la verdad en lo concerniente al ingreso real de los trabajadores podría dejar deliberadamente de lado.

Dice además el director del CEN:

"Nos parece asimismo indiscutible que el sector financiero fue el principal beneficiario en el juego de transferencias, con clara pérdida de soberanía en beneficio de empresas multinacionales financieras, en forma tal, que los depositantes más beneficiados fueron extranjeros"

Si el Dr. Williman buscaba dejarlos sin habla frente a algún punto, en éste ha estado muy cerca de lograrlo. Realmente, no sabemos qué quiere decir este pasaje, que encontramos sencillamente incoherente. Tal vez no esté escrito para nosotros, sino que transmite un mensaje esotérico del Dr. Williman al público joven y demasiado experimentado en la materia, a quien uno tiene que presumir fundamentalmente dedicada su curta. Porque eso de identificar las **empresas multinacionales financieras** con los tenedores de depósitos en moneda local carece por completo de sentido.

¿Qué significa, por otra parte, "sector financiero" en el trabajo del CEN, y en la carta del Dr. Williman? En el uso corriente el sector financiero está compuesto por los intermediarios del mercado de fondos prestables, pero tal parece que el CEN y su director entienden que los depositarios forman parte del sector financiero. Uno tiene derecho a definir los términos como le plazca, pero un ejercicio menos considerado para la comprensión ajena consiste en definir los términos de manera insolita, y guardar al mismo tiempo las definiciones en secreto.

■ La intuición como método

En la recensión publicada el 13 de julio señalamos la falta de todo fundamento lógico para la proposición del CEN en el sentido de que las políticas basadas en la transferencia de ingresos de los trabajadores a los sectores financiero y empresarial "sólo son posibles en el marco de gobiernos autoritarios". Afirmamos que sólo una apelación a la intuición podría fundarán semejante proposición y que la metodología de los economistas es totalmente ajena a ella.

Ahora el Dr. Williman aclara:

"Si el Dr. Díaz se toma el trabajo de mirar en el entorno del Cono Sur verá que son los gobiernos cívico-militares los que pueden infijar a la comunidad, en contra de su opinión, un modelo con fuertes caídas en el nivel de actividad"

De modo que el Dr. Williman nos pide que infiramos de una visión intuitiva de tres casos la imposibilidad de una eventualidad diferente. Todos los gatos que tengo en casa son negros, luego es imposible que haya gatos blancos. Algo así de lógico es lo que sostiene el Dr. Williman. Por esa vía es fácil probar que el Sr. Reagan no existió nunca, que Miguel de la Madrid y el Mitterrand de la segunda época tiene una existencia sólo dudosa, y que la Sra. Thatcher ni siquiera podría nunca llegar a ser real.

Uno esperaría un mínimo de seriedad en el trabajo del CEN, y en las manifestaciones de su director, un cierto disciplinamiento de la pasión, siquiera un moderado respeto por la lógica, una similitud al menos de adhesión al método científico, por simple decoro. Nada de esto, sin embargo, nos ha sido dado.

■ El insulto como dialéctica

En una carta a la que le bullen los vituperios, el Dr. Williman termina llamando macarthyista a este redactor. El se "precipita" alarma, "en el más doloroso macarthyismo". Será una sensación de impotencia la que lleva al Dr. Williman a lanzar al autor de la reseña un insulto como último recurso dialógico, sin cuidarse siquiera de hacerlo verosímil.

Joseph McCarthy se hizo famoso por acusar de comunistas a

numerosas personas, sin probar sus afirmaciones, proyectando sombras sobre sus reputaciones, y poniéndoles en el trance de producir la diabólica prueba negativa. Un acto de macarthyismo tiene necesariamente que implicar una afirmación sin pruebas.

Es exactamente lo opuesto de lo que hizo nuestro artículo. Nosotros transcribimos un pasaje del estudio del CEN y sostuvimos que, a no ser por el contexto, lo habíamos considerado marxista.

Tuvimos la delicadeza de puntualizar de ese modo que no lo calificábamos de tal en razón de estar contenido en un documento emanado de una fracción del Partido Nacional, a la espera que nos hicieran ver nuestro error. No se trataba de una apreciación marxista, sino inspirada por tal o cual otra rama del historicismo, debido a tal o cual filósofo desconocido por nosotros. Esto pensaba que pudieran señalarlos. Pero, de eso ni una palabra. Sobre el pasaje que luego de afirmar el error de la política neoliberal por razones lógicas cree necesario explicarlo en función de los intereses económicos de las clases explotadoras, efectivamente, silencio total. En lugar de la explicación del texto, y su adscripción a tal o cual corriente filosófica distinta del marxismo, por más que coincidente con él en la genealogía histórica de raíz económica —sobre eso no caben dudas— el insulto, o mejor, la profusión de invectivas.

La de macarthy no requiere ya más aclaraciones. Si será preciso que nos detengamos un instante a considerar la que lanza a este redactor el Dr. Williman, en el sentido de que carece de adecuada sensibilidad nacionalista, de que no pone celo suficiente en la defensa del patrimonio y la soberanía de la patria. El presente redactor quiere confiar a sus lectores la razón por la cual siempre ha sido tan parco en la expresión del amor que siente por su país. Si se esforzara tanto en ello, es recordando la sentencia del ilustre Samuel Johnson, a saber, que "el patriotismo es el último refugio de los pillos". No que lo Sean todos los que se pliegan en reiterar el amor que la tierra natal les inspira, pero si es cierto, según creemos, que entre aquellos que hacen particular alarde de tales sentimientos, la proporción de hombres inveterados es muy elevada.

■ El tema es el documento del CEN

No voy a decir que la carta del Dr. Williman, tan depravado en general, no tenga sus partes reprobables. Por ejemplo, cuando dice que en la reseña original expresamos "alegría" (sic) al saber de la contribución de un grupo de estudios dentro de ACF cuando hablamos descripción nuestra acitud como de "benéplacito"; pero nada puede derrotar a la imputación que hace a este redactor de dedicar sus esfuerzos a "publicar un boletín en inglés para los funcionarios no bilingües de las transacciones". Es cierto. Touché. Efectivamente, este redactor escribe un informe económico mensual que distribuye entre sus suscriptores en español, pero alternativamente también; debe confesarlo, cuando ellos lo prefieren la mayoría lo prefiere, en inglés. En principio, el tener una lista apreciable de abonados —transnacionales, si, pero también empresas nacionales de Uruguay y Argentina, embajadas y organismos multilaterales— debe más bien reforzar su credibilidad como economista; pero el comprende que la alienación de un individuo que redacta sus análisis sobre la economía patria en una lengua extranjera es realmente descalificadora.

Lo que no es reprobable es el documento del CEN, o sea, el tema que debemos suponer que principalmente interesa a nuestros lectores. Lejos de ser reprobante, es sumamente irrisor, y sumamente inquietante, más ahora que su director ha venido diciendo que no hay argumentos para defenderla que a primera vista se nos hubiesen escapado. El documento en sí mismo es harto olvidable, pero la actitud de gobernantes, por ejemplo, cuando dice que

(Pasá a pág. 19)

Explosivo: Uruguay, en el 1982, estuvo la cuarta ubicación de un grupo de países en lo que respecta a la tasa de inflación, con 20,29%. Tasa promedio acumulativa: 1,92%. Tasa de crecimiento en el on-

Ocaso del patrón oro

por Ramón Diaz

El patrón oro no pudo resistir el tremendo shock que representó la primera guerra mundial. En la posguerra los EE.UU. regresaron prestamente a la convertibilidad y con más lentitud hicieron la mayor parte de los países europeos; pero ya nada funcionaba como antes. Las actitudes de la gente habían cambiado, y una institución cuyas reglas constitutivas han permanecido inalterables experimentó con todo un cambio fundamental cuando se la trasladó de un ámbito cultural a otro.

Hay diversas perspectivas para enfocar el impacto de la guerra sobre la moneda. Una manera válida de ver las cosas me parece la siguiente. Durante un siglo el progreso de la integración económica y cultural de Occidente había sido incansable. A mediados del siglo XIX un autor había escrito: "En lugar del aislamiento y la hostilidad de las regiones y países se establece un intercambio universal una interdependencia de todas las naciones. Esto se refiere tanto a la producción material como a la intelectual. La estrechez y el exclusivismo nacionales resulta de una fuerza imposible de superar".

Esa autoridad Marx (Manifiesto...) es testigo insospechable de parcialidad en favor de Occidente. Como el mismo Marx lo destaca, el mercado había sido la gran fuerza integradora. Y dentro del mercado, la misma moneda, el oro, facilitando las transacciones comerciales y financieras, era a la vez su símbolo y un instrumento de unidad.

La guerra fue una demostración brutal del carácter apenas relativo sólo superficial de esa unicificación y todas las instituciones que la habían promovido quedaron cubiertas por un manto de sospecha. Antes de la guerra el hombre occidental se había sentido seguro en un mundo de espontaneidades de automatizaciones que aseguraban la eficiencia, la libertad y la paz, sin exigir al individuo demasiada comprensión de sus íntimos rostros, apenas pidiéndole una confianza filial. La guerra quebró ese vínculo filial. El hombre occidental quiso revisar todo, y volverse dueño de su destino. Individualmente, de manera consciente —no de la manera de antes, colectiva, anónima, espontánea y misteriosa— y merced al instrumento que venía dándole en los últimos tres siglos un fabuloso poder sobre su entorno material: la razón matemática. En la órbita económica el pensador que encarnó esa actitud con máxima influencia fue John Maynard Keynes.

La mayor parte de las controversias sobre Keynes se centran en su opus magnum, la Teoría General, y a veces se extienden a sus escritos posteriores hasta 1944, año de su muerte, o se remontan al "Treatise" (1930), o al "Tract" (1923), pero raramente más allá. La cita que sigue es de 1914, cuando la singularidad de Keynes como economista estaba aún lejos de plasmarse. A pocas meses de estallado el conflicto, Keynes escribió en el Economic Journal:

"Si resulta, como uno de los efectos derivados de la presente lucha, que el oro es al fin depuesto de su control despotico sobre nosotros, y reducido a la posición de monarca constitucional a un nuevo capítulo en la historia de la humanidad se abrirá. El hombre habrá dado otro paso adelante hacia el logro de su autonomía, hacia el poder de controlar su destino de acuerdo con su voluntad..."

El énfasis ha sido puesto en esta cita para destacar sus dos aspectos fundamentales. Uno, la idea de que el oro, el automático del oro, era un tirano. El otro, la idea de que el hombre es capaz de dominar su entorno histórico igual que su entorno físico, y que en ese control de su destino histórico se cifra una parte importante de su libertad. La libertad frente al automatismo del patrón oro será también la libertad frente a las fuerzas ciegas del mercado. En 1924, pronunciando en Oxford una conferencia que se haría famosa —"El fin del laissez-faire"— Keynes afirmaba:

"Cree que se requiere un acto coordinado, deliberado e inteligente sobre la escala a la cual deseable que la comunidad en conjunto ahorre, y sobre si la presente organización del mercado de inversiones distribuye los ahorros a través de los canales más racionalmente productivos. No pienso que estas cuestiones deberían dejarse enteramente al azar del juicio privado y de los intereses privados, como lo son actualmente".

Aquí la palabra clave me parece "azar". En realidad no hay nada aleatorio en el comportamiento del mercado de capital. La gente no adopta sus decisiones sobre ahorro e inversión haciendo rodar un par de dados. Lo que caracteriza al mercado es la espontaneidad, el hecho de que las decisiones colectivas no sean más que la sumatoria de incontables decisiones individuales, determinadas que su conjunto no sea inteligible como una decisión personal y libre de la comunidad. Portanto promovamos una decisión coordinada, inteligente, sobre esas cuestiones. ¿Cuál es el sujeto de esa decisión? ¿Por qué? Pues que duda cabe, el gobierno. Cuando hayamos fortalecido lo suficiente al gobierno, seremos auténticamente libres, propón la Keynes. Es como decir: cuando dejemos al gato custodiar al canario desde dentro, mismo de su jaula, la pobre ave callará, estará al fin realmente segura, ¡para esa actividad, en más fuertes infi-

Otro de lo que ocupare, en la medida de mis fuerzas, de inquirir sobre las raíces intelectuales de la actitud de Keynes en estas cuestiones. Hoy debo volver al patrón oro.

En 1923 Inglaterra llevaba adelante un plan para regresar al patrón oro, que culminaría dos años más tarde. Para regresar, además, a la paridad prebelga, a la misma que había regresado en 1819, a la misma que habían confirmado Guillermo y María a fines del siglo XVIII, la misma que había confirmado Isabel a mediados del siglo XVI. Keynes protestó enfáticamente en el "Tract" (más tarde, cuando en 1925 se volvió a la convertibilidad) se concretó protestarán con más vehemencia aún, en "Las consecuencias económicas del Sr. Churchill" y sostuvo que las amarras que ligaban la moneda británica al oro debían cortarse de una vez por todas. Muchos de sus amigos se alarmaron: ¿no sobrevenía una gran inflación? Keynes descartaba esa posibilidad. Como cuenta Harrod, crea que las autoridades británicas eran esencialmente confiables, que por el hecho de que se renovaba el freno metálico que había restringido al Banco de Inglaterra, no había prever que éste se entreviría a una orgía de emisión.

En esto Keynes se equivocó. El nivel de precios de los productos básicos en libras (índice que uso porque él disponía de una serie lo suficientemente larga) crecieron 1.200% desde la aparición del "Tract" hace 60 años; en los 60 años previos (una gran guerra interpuso) en ambos casos habían crecido 25%.

Gran Bretaña abandonó el patrón oro en 1931, para no retornar ya nunca más. Aunque la Gran Depresión asistió al último golpe, la desafección de la gente por el sistema monetario que había servido al reino por cuatro siglos era total. Las amarras se cortaron entre todos. Se supone que un nuevo capítulo en la historia de la humanidad estaba abriendo.